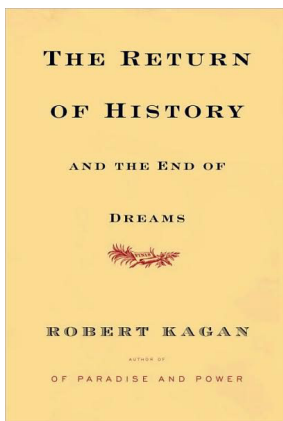


**Robert Kagan, *Dangerous Nation. America's Foreign Policy from its Earliest Days to the Dawn of the Twentieth Century*, Nueva York, Vintage Books, 2007, 527 pp.**



**Robert Kagan, *The Return of History and the End of Dreams*, Nueva York, Knopf, 2008, 116 pp.**

La convicción de que realismo e idealismo no son forzosamente contradictorios fue un elemento rector de la política exterior del gobierno del presidente George W. Bush. En una retrospectiva reciente de los últimos ocho años, la secretaria de Estado Condoleezza Rice subrayó este rechazo a la “vieja dicotomía”, bajo el supuesto de que “el interés nacional no es incompatible con los ideales universales que animan a los Estados Unidos

[...] Aunque en el corto plazo puedan estar en tensión ocasionalmente, creemos que a la larga son indivisibles”.<sup>1</sup>

En la conceptualización de tal perspectiva, el gobierno estadounidense encontró un fuerte apoyo en Robert Kagan, uno de los analistas más citados en política internacional de los últimos años, quien empezó a consolidar una reputación controvertida desde 2003, cuando presentó *Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden internacional*.<sup>2</sup> Recordemos que la publicación de este polémico texto, en el que busca explicar el creciente distanciamiento entre Estados Unidos y Europa, coincidió con el inicio de la Guerra de Iraq. El libro contiene una no tan velada crítica a lo que Kagan percibió como el moralismo ingenuo de varios líderes europeos, un idealismo que a su vez responde a una situación de bienestar y estabilidad que los ha llevado a creer que por fin han logrado superar el desagradable y conflictivo mundo del equilibrio de poder. Para el autor, esta visión se fundamenta en un espejismo “posmoderno” que olvida el hecho fundamental de que sólo gracias a la proyección de poder por parte de Estados Unidos —y al correlativo paraguas de seguridad que continúa brindando— Europa ha podido aislarse relativamente de las vicisitudes del “hobbesiano” mundo de intereses en constante pugna.

En sus dos libros más recientes Kagan continúa su reivindicación del realismo frente el moralismo utópico en las relaciones internacionales, al tiempo que busca evitar caer en una posición cínica o relativista por medio del reconocimiento de la existencia de valores superiores que deben defenderse. El autor ha buscado apuntalar esta postura por dos vías: sumergiéndose

---

<sup>1</sup> Véase Condoleezza Rice, “Rethinking the National Interest. American Realism for the New World”, en *Foreign Affairs*, vol. 87, núm. 4, 2008, p. 25. Ésta y las demás traducciones en el texto son del autor de esta reseña.

<sup>2</sup> Trad. de Moisés Ramírez, Madrid, Taurus, 2003.

en la historia estadounidense y analizando la situación internacional contemporánea.

En el primer caso tenemos *Dangerous Nation*, entrega inicial de un ambicioso proyecto por escribir una historia general de la política exterior estadounidense. En esta obra el autor plantea una interpretación abiertamente revisionista para el periodo que abarca desde la Declaración de Independencia hasta la guerra con España a fines del siglo XIX. De manera central se propone refutar la interpretación, comúnmente aceptada por sucesivas generaciones de historiadores, de que Estados Unidos mantuvo en sus inicios una política exterior aislacionista, incursionando en el mundo de la política internacional sólo de manera reactiva y a regañadientes. Con base en una extensa revisión bibliográfica, en esta obra se hace hincapié en el ímpetu de la mayoría de los líderes estadounidenses por proyectar el poder y los valores de la nueva nación desde su fundación.

De acuerdo con Kagan, y ésta es su otra gran afirmación en este texto, la política exterior de Estados Unidos no puede entenderse únicamente como una búsqueda por ampliar la consecución de ganancias materiales a partir de una definición estrecha del interés nacional (aun cuando este tipo de motivaciones haya sido muchas veces fundamental). Desde el inicio de su historia, Estados Unidos fue proclive al activismo internacional, en no menor medida por la percepción propia como un nuevo modelo de país con la encomienda de extender el liberalismo y el republicanismo (algo sin embargo en constante tensión con la presencia de esclavitud dentro de sus fronteras).

De esta manera, a lo largo de la obra se dan ejemplos de cómo los líderes estadounidenses eran en muchos aspectos “realistas” y nunca tuvieron una hostilidad intrínseca y permanente a la diplomacia tradicional y la política de poder. Empero, también se subraya que “estaban comprometidos con la protección de un conjunto de principios universales, cuya defensa y pro-

moción, pensaban, mejoraría la condición humana al tiempo que avanzaban los intereses americanos”; es decir, eran “idealistas pragmáticos”. Los presidentes de Estados Unidos tenían una sólida fe en la idea de progreso histórico, lo que les hacía ver a sus oponentes —ya sea a las tribus indias al occidente o a las autoridades españolas y mexicanas al sur— como atrasados y contrarios al “espíritu de la época”, creencia que los llevó muchas veces a justificar su agresiva política expansionista. El autor, sin embargo, subraya que aunque consideraron deseable la existencia de más y más gobiernos democráticos y liberales en el mundo, nunca pensaron que este desenlace llegaría de manera automática.

Con este tipo de consideraciones como base, en su siguiente libro, *The Return of History and the End of Dreams*, Kagan analiza la situación internacional contemporánea y hace un fuerte llamado a levantar la guardia y reafirmar una política exterior consciente de las nuevas realidades y de la necesidad de preservar el equilibrio de poder. Al respecto, ve como un grave error el haberse dejado influir por visiones utópicas e idealistas que vaticinan el arribo inexorable de un mundo más estable y pacífico.

Kagan presenta lo que tal vez sea el intento más completo hecho hasta la fecha por confrontar directamente la tesis avanzada en 1989 por Francis Fukuyama, profesor de la Universidad Johns Hopkins, quien anunció el “fin de la historia” poco después de la caída del Muro de Berlín.<sup>3</sup> Como se recordará, su hipótesis principal señala que con la extinción del comunismo la democracia liberal se había quedado sin contrincantes ideológicos serios. Se apoya en grandes pensadores como Hegel, Alexandre Kojève, Leo Strauss, Kant y Weber para afirmar que

---

<sup>3</sup> *El fin de la historia y el último hombre*, trad. de P. Elías, México, Planeta, 1992.

dicho sistema político contiene en sí los elementos fundamentales para satisfacer el natural deseo de reconocimiento del individuo y por ende constituye la versión definitiva de arreglo político. Así pues, sostuvo que la legitimidad de la democracia liberal jamás sería superada. Un corolario a esta tesis es que seríamos testigos de la progresiva desaparición de fuerzas “premodernas”, como el nacionalismo, a la par de un incremento de la paz y estabilidad mundiales debido a la diseminación de la democracia, la globalización y el libre mercado. En este contexto, atacó duramente muchos de los supuestos de la escuela realista de las relaciones internacionales.

Para refutar tal determinismo histórico, Kagan subraya el incremento de tensiones internacionales en los últimos años (incluso parece vaticinar el conflicto reciente entre Rusia y Georgia), lo que invalida los postulados optimistas sobre un mundo cada vez más estable y pacífico. En particular, el autor apoya su afirmación en la relevancia actual del radicalismo islámico y el creciente poderío de China y Rusia, países autocráticos que están confrontando abiertamente a las democracias occidentales, por lo que se puede afirmar que “la añeja competencia entre liberalismo y autocracia ha vuelto a resurgir [...] no hemos ingresado a una nueva era de convergencia sino de divergencia”. A este respecto cabe señalar que Fukuyama no se ha quedado callado y recientemente contestó las críticas de Kagan al recordar que, a pesar de nuevas tensiones y la creciente proyección de su poderío, Rusia sigue apelando a la legitimidad democrática, además de que ni Rusia ni China plantean una contrapropuesta ideológica coherente y sistemática a la democracia liberal.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Véase Francis Fukuyama, “They Can only Go so Far”, *The Washington Post*, 24 de agosto de 2008, p. B01. Disponible en <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/08/22/AR2008082202395.html>.

En su libro, paradójicamente, Kagan parece darle la razón a Fukuyama al afirmar que “no le ha sido fácil” a Rusia y China crear una nueva legitimidad. De hecho, es perceptible una reticencia del autor por asumir plenamente la consecuencia lógica de su crítica a Fukuyama y equiparar la democracia con otros sistemas de gobierno o desterrar cualquier vestigio de una visión progresiva de la historia. Así, el libro adquiere ecos de la teoría de la modernización que tanto critica cuando, en una frase que parece tomada de *El fin de la historia*, sostiene que la del Islam “es una lucha solitaria y a fin de cuentas desesperada, pues en el combate entre tradicionalismo y modernidad la tradición no puede ganar”. Otra afirmación que parece disonante con sus duras críticas al determinismo histórico es la que dice:

En el largo plazo el libre mercado y la idea democrática liberal deben de prevalecer sobre visiones globales alternativas [...] por su capacidad para proporcionar bienes materiales [...] y su atractivo para el aspecto más poderoso de la naturaleza humana: el deseo por la autonomía personal, el reconocimiento y la libertad de pensamiento y conciencia.

Dada la aceptación de esta superioridad de la democracia liberal, para el contexto actual Kagan propone la creación de una “Liga de Democracias” que avance elementos claves del ideario democrático ante la previsible inactividad de la Organización de las Naciones Unidas por el veto de Rusia y China.

En general, da la impresión de que Kagan se queda corto en confrontar con suficiente rigor filosófico y académico un libro de la sofisticación del de Fukuyama. Para refutar con solidez a este último parecería indispensable indagar con bases filosóficas el concepto de progreso histórico, las razones de la persistencia del nacionalismo y si la democracia liberal moderna

ofrece en verdad a los individuos el modelo más completo de vida deseable, que garantice que su legitimidad nunca más sea puesta en duda.

Con todo, debe concedérsele a Kagan el acierto de recordarle al analista internacional sobre nuevos riesgos y el imperativo de mantener una actitud vigilante, consciente de las realidades del poder y de la imprevisibilidad histórica. Asimismo, es rescatable la importancia que le da a las ideas para comprender las motivaciones que guían los acontecimientos. Es aquí donde se encuentra un punto fundamental para la exploración de los vasos comunicantes entre el realismo y el idealismo, así como para dar bases sólidas a un análisis que se aleje de una definición excesivamente estrecha del interés nacional. En efecto, el autor hace bien en subrayar que las naciones “no son frías y calculadoras máquinas. Tienen los mismos atributos que los humanos que las crean y las habitan [...] amor, odio, ambición, miedo, honor, vergüenza, patriotismo, ideología y múltiples creencias”.

En el amplio recorrido histórico contenido en *Dangerous Nation*, Kagan parece encontrar en los primeros presidentes estadounidenses enseñanzas que no deben soslayarse en nuestros días. En este sentido es evidente un dejo de admiración cuando al hablar del presidente John Adams lo ubica como un político plenamente consciente de la dinámica del poder, quien, “a diferencia de los realistas del siglo XX, estaba convencido de la primacía de la ideología en los asuntos internacionales”.

*Alejandro Aurrecoechea*